

Biblioteca Nacional



FICARRO
 REVISTA
 DE
 ARTES Y LETRAS

SAN JOSÉ COSTA RICA

Moldura para Marcos

FABRICADA EN EL PAIS

Se vende casi a mitad de los precios de la extranjera

PIZA E HIJOS

Quiere Ud. saber lo que pueden la honradez, el buen servicio y la competencia profesional? Acérquese a la

BOTICA ESPAÑOLA

DE

ASTORGA HNOS.

y verá la clientela con que cuenta, que aumenta cada día más. Ahí se sirve mejor que en ninguna otra botica, se despacha a los más bajos precios y sin alteración las medicinas de patente, y se atiende de muy especial manera el recetario.

RESERVADO

PARA LA

CASA DE SALUD

DE LOS DOCTORES

URIBE Y ESPINOSA

El mejor calzado cosido y clavado, el más elegante y de mayor duración, es fabricado por la

ZAPATERIA

— DE —

ENRIQUE BENAVIDES

FRENTE A "LA MARINA" DEL MERCADO

SAN JOSE, COSTA RICA

MATERIALES ESCOGIDOS

Miles mascando "Chiclets"

Sabrosos y Saludables

A LOS SEÑORES MEDICOS

Se les ofrecen dos hermosas oficinas en la Policlínica, altos de la casa de habitación del doctor M. Zúñiga. Por un precio reducido, tendrán un cómodo y elegante consultorio con su respectiva sala de espera y el uso gratuito de la sala de operaciones, esterilizadores de ropas, instrumentos, balanza *pèse bébé*, sirviendo para la limpieza, etcétera. Hay un departamento que pudiera alquilarse a un Cirujano-Dentista. En esta Policlínica, hay un saloncito especial para que las señoras lleven a pesar sus niños. Se esteriliza ropa a precios módicos. La pesada de niños, la esterilización de ropas y todo el servicio técnico estará bajo la dirección de una señora graduada.

HORAS DE SERVICIO: De 8 a 11 a. m. y de 2 a 4 p. m.

La Maquina de Escribir

"REMINGTON"

al alcance de todos.

Remington Junior
para correspondencia particular
\$ 130.00



Remington Standard
para oficinas y uso comercial
\$ 250.00

LIBRERIA LEHMANN

(SAUTER & Co.)

SAN JOSE, COSTA RICA

EUGENIO LAMICQ

avisa al público que tiene de venta los siguientes artículos, a los precios más bajos del mercado:

Harina marca "LIBERTAD"

" " "CELESTE"

Acido Tartárico

Lúpulo

Bicarbonato de Soda

(En bariles y al menudeo)

Sobresacos de gangoche

Saquitos de los que vienen con harinas

San José, 18 de abril de 1913.

Nadie le discute hoy a

LA PALMA,

que es la más antigua

CONFITERIA, REFRESQUERIA Y CANTINA,

el primer lugar entre los establecimientos de su género.

Y hay buena razón para ello: su esmerado servicio, su aseo, su surtido renovado le han conquistado el valioso mérito con que hoy cuenta en todo el país.

Maestros, Alumnos, Jóvenes amigos de leer, en

"LA LECTURA BARATA"

encontraréis los más nuevos libros de los más escogidos autores; útiles de escuela y útiles de escritorio a precios económicos, después de notables mejoras que en ella ha introducido su nuevo propietario don **Jaime Tormo**.

LA ESCUELA DE AGRICULTURA

de la finca **LAS MERCEDES**

abrió sus clases el lunes cinco de los corrientes. Los alumnos reciben allí clases de Moral, Biología, Historia, Principios de Ciencias, Castellano, Aritmética, Teneduría de libros, Inglés y Francés.

La matrícula vale quince colones por semestre y la pensión de internado veinticinco colones.

PARA MATRIMONIOS Y ENTIERROS,

para toda ofrenda floral, acuda a

LA JARDINERIA de OCTAVIO LOAIZA

quien lo complacerá por la inmensa variedad de flores de su jardinería y por el arte exquisito de su propietario; de día y de noche, a toda hora.

Polvos Talco Boratado Violeta

REFRESCAN, SUAVIZAN Y PRESERVAN EL CUTIS

Estos polvos, cuidadosa y científicamente elaborados con ingredientes de la mejor calidad y perfumados con delicadas esencias, sustituyen con ventaja a los extranjeros, cuya importación no es posible por la elevada tarifa aduanera.

Preparados por **HERMANN & ZELEDON**
BOTICA FRANCESA

JUAN RAFAEL CALVO
ELECTRICISTA

Instalaciones y reparaciones en todo lo que se refiere a corrientes eléctricas y timbres.—Garantiza el trabajo.—Ordene a la Librería e Imprenta Alsina y al taller de Hojalatería y Fontanería de Pablo Brenes.

Mantequilla marca
"CABEZA DE VACA"
DE
ALFREDO VOLIO

se vende todos los días en el Depósito de Materiales de Alfredo Mata, frente al Banco Anglo. Se envía a domicilio a las personas que así lo soliciten.

San José, Abril de 1915.

JOSE FIGUEREDO

Agente de Casas Extranjeras

Alajuela, Costa Rica

Montealegre & Bonilla

AGENCIAS - COMISIONES

IMPORTACION

SAN JOSE

2ª Avenida O. No. 4

Gerente:

Gmo. Montealegre

EXPORTACION

NEW YORK

80 Front Street

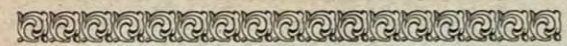
Gerente:

Eduardo Bonilla

Aceptan consignaciones de todos los productos nacionales.

Atención personal del socio Bonilla en las compras y ventas.

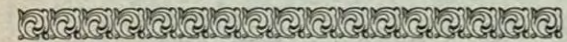
COMISION MODICA



Para todas las mercaderías de primera clase, en surtido renovado constantemente, en las mejores condiciones de pureza y baratura, acuda a

La Marina

en el Mercado de donde saldrá Ud. complacido.



SOCIEDAD DE ECONOMIAS DE GUADALUPE

Capital pagado ₡ 123,000-00

COMPRA DE LETRAS

COMPRA Y VENTA DE ORO AMERICANO

Fideos extranjeros, buenas conservas y mejores vinos, encontrará usted siempre en

LA GRAN VIA

ALMACEN DE PROVISIONES de E. DE BENEDICTIS

TODAS LAS MERCADERIAS QUE SE VENDEN EN LA TIENDA DE

Manuel Madrigal

Frente al Palacio de Justicia

SON DE BUENA CALIDAD

SE HA TENIDO EN CUENTA EL ESTADO DE CRISIS ACTUAL, PARA FIJAR LOS PRECIOS

Los Corsets Royal Worcester

se encuentran de venta, a los precios más bajos en

La Competencia



CONDICIONES:

Número suelto cts. 25
Suscripción mensual cts. 50
Año adelantado ₡ 5.00
Iguales precios para Centro América.

FIGARO

Revista Quincenal de Artes y Letras

Directora y Administradora, **Angela Acuña**

Redactores: J. Albertazzi Avendaño, y Francisco Soler

Selecta colaboración de plumas nacionales y centroamericanas

Apartado de Correos No. 751
Oficina: Calle 1ª Sur
frente a la Escuela de Derecho.

Año 1.º

San José, Costa Rica, 25 de Mayo de 1915

Número 3

TIPOS CENTROAMERICANOS



Señorita LUPE GUARDIA TINOCO (Costarricense)

Pastora que apacientas el rebaño de un ensueño de amor, y que sabes curar el desengaño con el perfume ideal de la ilusión...

Oh! pastora gentil, que en la pradera donde paces el rebaño de tu amor, nunca se apague el sol de la Quimera ni deje de vibrar una canción.

Las consecuencias de la guerra

La fatalidad, en que tanto creían los antiguos, parece que siguiera ejerciendo en los pueblos modernos el terrible influjo de que ha dado constantemente muestras en todos los períodos de la historia. La razón no ha podido darse cuenta todavía de por qué la humanidad no ha llegado definitivamente a la paz, después de miles de años de horribles y sangrientas luchas por fugitivos y nunca satisfechos intereses.

Hoy la civilización, o sea el desarrollo sociológico que es lo que debemos tener por su manifestación más alta, parece haber abandonado a la potente Europa, y alzando su vuelo, como ave migratoria, la dejó entregada a los excesos de una guerra que no podrá encontrar justificación piadosa ante el juicio de las futuras generaciones.

Algo raro pasa en la tierra hoy, como ha pasado en etapas repetidas. Del seno de nuestras viejas sociedades salen todavía renovados viejos rencores que encienden iras infinitas. Parece la resurrección de los tiempos idos, cuando Galos y Normandos, Celtas y Latinos se debatían en lucha sangrienta, por una preponderancia que mantuvo en luto a los pueblos todos de la tierra.

Y la sangre corre hoy, como corría ayer, cubriendo los campos de Europa, en arroyos que denuncian a la consideración sorprendida de las generaciones actuales, la persistencia salvaje de las generaciones primitivas.

En el horizonte europeo vemos desde aquí la mancha gris con que ha ensuciado la atmósfera el humo de sus cañones, confundido a veces ese espesor del ambiente con la polvareda que levantan los caballos en su carrera furiosa hacia el combate.

¿Será verdad que la guerra es grandiosa? ¿Será verdad, como opinan la mayor parte de los sociólogos, que ella está en nuestra natu-

raleza, que es una consecuencia necesaria de la convivencia social de los seres, por el incentivo natural a alcanzar en la esfera del vivir el predominio?

Bien puede ser así, y por eso juzgo que los que estamos alejados de la lucha presente, debiéramos mirar ésta con dolor, sin tomar banderías por ninguno de los luchadores, que todos son hermanos nuestros, representantes de la civilización de que tanto nos enorgullecemos, respecto de quienes la filosofía se mostraría dudosa si la interrogásemos acerca del derecho de la razón en la guerra de unos o de otros.

Sea como fuere, de esta guerra—que todos deploramos por los huérfanos y las viudas que en pos de sí va a dejar en profunda desgracia—debemos esperar algo que será reconfortante para las sociedades humanas. Algunos estadistas, que son los que más han llamado mi atención para dedicar a ellos mis horas de estudio, creen que las sociedades humanas son como jardines, cuyas plantas es preciso podar de tiempo en tiempo, empleando la cuchilla para suprimir en ellas las ramas inútiles. Si eso es verdad, como yo no lo dudo, en el orden inflexible de la naturaleza, la guerra tendría su razón humana y divina de ser. Yo no lo sé; pero si sé que el huracán que pasa y destruye, fecunda al mismo tiempo lo que deja con vida; siembra momentáneamente la desolación, pero prepara la tierra a una fertilidad nueva, renovada y fuerte.

De la guerra actual europea, que cubre hoy de luto a aquellas naciones y de horror al mundo culto, surgirá algo muy grande, que será continuación elevada a un grado muy alto del progreso nunca interrumpido de la raza humana.

Angela Acuña

RITOS PROFANOS

I

Es la hora del crepúsculo. En el claro-oscuro de la tarde que expira, el templo levanta hacia el infinito su inmensa mole silente.

Las postreras fulguraciones de la luz mueren en una pompa apocalíptica de incendios siderales.

La sombra desciende de los cielos en fúnebre victoria. El ruido caótico va adormeciéndose en la penumbra, mientras los dolores de la existencia, como nubes

de vampiros, van cayendo en tropel sobre el pensamiento meditabundo de la humanidad cansada.

Fuera del templo, la majestad de la naturaleza soñolienta entona salmos de lúgubre tristeza; dentro, la solemnidad de las cosas sagradas preludia los rumores del misterio.

Rutilantes claridades de cirios perdidos en el confín del altar bañan las tinieblas de la iglesia, como indecisas estrellas parpadeando en la obscuridad del firmamento.

Toses secas, roncas, apagadas, rasgan la armonía del místico reposo, y de un confesonario nace el cuchicheo de bocas sin escrúpulos de pecadores en confesión.

Arrodillada sobre el duro mosaico de la iglesia, reclinada en actitud piadosa y reverente al pie de una columna, hundida en las nieblas del incienso, Laura, la niña gentil, espera con púdico temor el supremo momento de su confesión, para depositar, por orden de su madre, sobre la ancha conciencia del sacerdote, el secreto de sus candorosos pecados, el lírico poema de sus inocentes culpas adorables.

Laura es un opulento capullo apenas entreabierto al beso de la aurora, es una rica y fragante gema de adolescencia donde el colibrí de los amores juveniles llega a libar la miel de la ilusión y donde el pájaro negro del pesar aún no ha marchitado la corola azul de los ensueños, con el pavoroso golpeteo de sus alas.

La adolescencia, con su cincel eternamente helénico, ha modelado ya en su cuerpecito de diosa, con líneas de palpitante majestad, como talladas en piedras inmortales, el conjunto de combadas formas que se adivinan bajo el blanco ropaje de las vírgenes.

Un rebujo de seda oculta su cabellera nazarena y cae con abandono sobre el torso a la manera de un manto sobre el busto del Silencio; y entre los pliegues del rebujo, asoma la magnificencia de su rostro, como entre compactas nubes alborotadas por el viento asoma el sereno disco de la luna.

El ruido quejumbroso de la naturaleza que gime cuando va cubriéndose en el sudario de la noche; la cántiga lejana de la tarde que agoniza y expira; la imponente grandeza de la sombra que nace, infunden religioso pavor en el alma de la gentil doncella, y sus labios de carmín tenue se mueven con pausa rutinaria para balbucir la oración que eleva el pensamiento a Dios.

Perezosas nubes de incienso vagan bajo las suntuosas bóvedas, como flotantes nieblas en lo hondo de un abismo. En el silencio de las naves corre el murmullo de los rezos, ese murmullo de la hojarasca batida por la brisa, y de la mirada inmóvil de las imágenes, y de sus lánguidos semblantes se desprende el resplandor de la inercia.

En una sombra encrucijada del templo, el confesonario se yergue como un minarete ornado de simbólicos festones, y el ventanillo de hipócritas rejillas tras del cual el confesor se oculta, ríe satánicamente, siempre ríe, de las confidencias del pecado, mientras el ojo de Dios, incrustrado en el maderamen, fulgura los rayos de su mirada escrutadora de almas.

Dentro de esa caja sombría, tras del enrejado ventanillo, es donde el confesor va pasando revista de las almas y escudriñando las conciencias que, en el ansia de una mejor vida ultraterrena, buscan el divino perdón de sus mundanas culpas.

Despertando del letargo de la oración, sobrecogida, respetuosa, Laura se dirige con grave paso hacia su confesor, se arrodilla tímidamente y por su sangre corren los calofríos que las intensas emociones producen.

Y la niña sin mácula, la inocente pecadora balbuce el lírico poema de sus faltas adorables, que brota de sus labios en secreto, como leve rumor de alas de ave.

Y la adolescente que apenas ha sentido rebullir en su espíritu las palpitaciones de ideales sentimientos y de cándidos amores, se regocija de la inmaculada blancura de su alma al escuchar de labios del confesor la absolución de sus pecados: *ego te absolvo*.

II

Al llegar aquella noche a sus horas avanzadas, Laura duerme y en su ebúrneo lecho de nieves y de espumas, Morfeo la abanica dulce, picarescamente, con sus alas cristalinas.

En el ornato de la alcoba impera el magnífico desorden de la femenina fantasía. En el celeste tapiz, salpicado de rosas de oro, las santas imágenes se hermanan con chinescos cromos, con acuarelas rococó, con pinturas saturadas de malicia, con fotograbados de arrobadoras mujeres, con estampas de extravagantes y múltiples colores. Todo en caprichosa confusión y en un ambiente de perfumes exquisitos.

Las flores, después de exhalar el alma de sus ricos aromas, doblégan su periantio en el asa de las jarras de Bohemia, y una parvada de pajarillos, disecados sobre ramas mustias, entreabren el pico como si en el silencio de la noche entonarían un himno de vida y de victoria.

Una brava pantera de abiertas fauces y de roja lengua, con refulgentes ojos de inmóviles cristales, reclina la barba mansamente al pie de un diván de terciopelo azul, y su piel, como de chafada felpa, cubre con elegante suavidad la superficie del nítido pavimento.

Al traspasar los cristales de la ventana que asoma al melancólico jardín, los indiscretos rayos de la curiosa luna tranochadora se quiebran en los pliegues de la sábana que circunda las formas de la niña dormida como en un baño de espumas.

Morfeo agita sus alas y Laura sueña. Entre los rizos alborotados del cabello su cabeza diminuta se hunde; y en la comba de sus párpados cerrados y en la sonrisa de sus labios entreabiertos, flota con vaguedad el reflejo de su pensamiento.

Y sueña en el baile, en uno de sus bailes primeros, donde el amor la hizo sus primeras confidencias y la dijo en secreto sus primeras ternuras.

El salón exhala hálitos de voluptuosidad y viste suntuosos ornamentos: artefactos orientales; japoneñas de porcelana; columnas con pedestales de jaspeadas piedras y capiteles festoneados con rosas de bronce; divanes de rojo terciopelo; matizados cortinajes de Damasco; biselados espejos multiplicando la imagen de las cosas; luces, deslumbramiento de luces de innumerables lamparillas pendientes de hermosas arañas de cristal de roca bajo un regio plafón crepuscular; flores, muchas flores; perfumes, neblina de perfumes; jóvenes de irreprochable elegancia, caballeros galantes; mujeres como ninfas hechiceras; bustos como mármoles vivientes; sedas, piedras preciosas, constelación de estrellas...

La música, arrancada a las cuerdas por manos trémulas y a las flautas por labios ardientes, vibra con ritmo profundo y argentino, con la serena armonía de un kinnor hebreo.

Y las parejas giran en torno del salón a los acordes de la orquesta como bandada de impetuosas golondrinas de primavera mecidas por la música de los vientos.

Un apuesto doncel, objeto de sus ensueños de amor, acompaña a Laura en el vértigo de la danza, y la desliza serenamente, amorosamente, por entre la abigarrada muchedumbre de parejas, oprimiendo con cautela su talle, aspirando con deleite su hábito de juventud y de belleza, mirándola de frente con ojos de codicia y de fuego, inflamado el rostro, apasionado y delirante. Y en aquel balanceo casi inconsciente, al arrullo de la música, sobre la onda de los perfumes, al brillo resplandeciente de las luces, de los espejos y de los fastuosos decorados del salón, ambos apaciblemente se columpian y se estrechan, y se chocan sus miradas, y sus rostros se acercan, y su respiración a ratos se confunde, y en un instante de inefable dicha, sus bocas,—que han agotado el lenguaje de la ternura,—sus bocas, fugazmente, se juntan en un beso que les quema la sangre...

En la crisis del sueño la niña dormida comienza a despertar, sacude la cabecita, desliza los brazos, frota sus ojos, y al abrirse los párpados brillan sus pupilas con irradiaciones de arrepentimiento y de sorpresa.

Una sensación inexplicable hace vibrar la delicada urdimbre de sus nervios y siente en su espíritu la congoja de aquella liviandad de su imaginación en vigilia, de aquel minuto de fugaz ventura que ha pasado como una exhalación ultramundana. Luego se incorpora, cruza los brazos sobre el pecho, inclina la frente y bajando la vista eleva su pensamiento a las alturas en el secreto de la oración.

III

Ya las campanas de la torre han saludado con alegres repiques la hermosa alborada de la siguiente mañana, y las golondrinas, como locas, revolotean en torno de la cúpula del templo.

El sol naciente filtra sus rayos al través de los cristales, proyectando en las naves de la iglesia una fresca claridad irisada por los colores del vidrio.

Un sangriento y amorado crucifijo, de piel pálida y faz contusa, de barba desgredada y melancólica resignación en el semblante, se esfuma tras los pliegues de un vaporoso velo de crespá muselina, y reclinado en lo alto de un retablo, deja caer la profunda tristeza de sus pupilas sobre los fieles que postrados de hinojos sobre los graníticos peldaños del presbiterio, esperan el momento de la consumación eucarística.

Confundida entre los creyentes, Laura espera. Para recibir la divina representación del Nazareno en el sacramento de la comunión, tuvo que abandonar las vanas vestimentas; y bella y sencilla como un lirio lleva atavíos de gasa blanca, sobre la cual resalta el tinte rosado de su rostro.

El venerable sacerdote se acerca. Es un anciano de mirar severo y fisonomía augusta, vestido por una cándida casulla sobre el fondo negro de la sotana. Lleva en su mano un copón lúcido, del cual extrae una hostia, como de jazmín, manufactura divina, cuerpo de Dios, carne de Cristo, y la coloca suavemente en los labios entrecerrados de la colérica niña, entrecerrados como un capullo que se abre.

Mas, por la fuerza omnipotente de la sangre joven, por un extraño poder de la imaginación exaltada por intensas emociones, en el éxtasis de la comunión, al fijar su mirada en el oratorio poblado de encendidos cirios, de imágenes cuyos nimbos de plata reflejan los rayos de la mañana, de un cielo de ángeles de alas de oro, ella divisa allá, en el fondo del cuadro, el salón de baile que se esfuma lentamente con sus atavíos orientales, con los resplandores de sus artefactos preciosos, con los fúlgidos destellos de sus focos de luz, con su multitud de elegantes varones, de encantadoras mujeres.

Y al brotar del órgano raudales de roncadas armonías, Laura ensimismada y trémula, es llevada en alas de su fantasía a la danza, a la danza del sueño; y fresca aún en sus labios la caricia del pan eucarístico, revive en ellos el beso de la noche, cuando a los acordes de la orquesta aquel doncel la arremolinaba en el vértigo, deslizándola como golondrina de primavera mecida por la música del viento...

Tobías Zúñiga Montúfar

MIRANDO LLOVER

A MI HIJA MARTA.

¡Agua que te derramas desde el cielo como una bendición, magnífica agua que llenas de verdura las campiñas y los ánimos cubres de esperanza!

Cuando miro caer tus finas gotas —que el sol con sus reflejos abriganta— sobre el camino polvoroso y seco que en insaciable sed el cuello alarga, pienso que sobre el duelo de la vida descenden, amorosas, las palabras a cuyo influjo fecundante brotan de la ilusión las armoniosas palmas.

Pienso también que ruedan en silencio sobre las desventuras resignadas —a manera de gotas de consuelo— de la ternura refrescantes lágrimas.

¡Agua que te derramas desde el cielo como una bendición, dulcísima agua que al despertar las frondas soñolientas abrevas el cansancio de las ramas, y pones a vibrar dentro del bosque sus mil errantes cítaras con alas!

Cuando te miro descender, piadosa, sobre la tierra que tu beso aguarda, pienso que alguna vez tu alba caricia sobre los surcos que mis manos abran ha de pasar, y siento entre mis labios palpar la canción nunca entonada que se alzaría magnífica y triunfante desde mi corazón... ¡dulcísima agua!

Billo

5 de mayo de 1915.

EL PALACIO DE LAS GOLONDRINAS

Para ANGELITA ACUÑA

Los que veranean en la Boca de la Barranca pueden presenciar por las tardes un curioso espectáculo.

Cuando ya no queda del sol sino una estela de oro que se va esfumando en el azul, en insensible gradación de tonos anaranjados y violetas, véñese aparecer en el cenit infinidad de puntos oscuros que descenden en vertiginosas espirales. A medida que se aproxima la nube se hace más densa y de pronto llena el ambiente un concierto de alegres gorjeos, agudos chillidos y sonoros rasgueos de alas. Son centenares, millares, miriadas de golondrinas, ocupadas en cazar para su prole insectos crepusculares.

¿En dónde ocultan sus nidos? No hay allí campanarios ni aleros, ni mucho menos balcones como aquel cuyo recuerdo entristecía al poeta Bécquer; pero ¡ah! las picaruelas han encontrado algo mejor, un palacio inmenso, moderno, limpio, sólido, al cual no suben reptiles, ni llegan traicioneras lechuzas ni alcanzan muchachos crueles; una ciudad de acero a prueba de temblores, de huracanes y de incendios.

¡Quién lo creyera! Las simpáticas avecillas han buscado albergue en el gigantesco puente de acero de la línea férrea y por entre las celosías de los pilares, tirantes, arcos y dinteles, se han colado en el interior y arreglado allí sus aposentos. Poco antes de anoecer las tornasoladas cabecitas que asoman al lado de los remaches parecen interminable rosario de perlas negras, y comienzan entonces los cuchicheos de vecina a vecina, los pitidos de la prole y los chillidos de los padres, alternando con uno que otro picotazo sin consecuencias, asestado contra el aturdido que se equivoca de puerta.

Pasad por el puente al cerrar la noche y experimentaréis una sensación extraña.

La inmensa mole vibra, palpita como una caja sonora, cual si torrentes de sangre bulleran por sus arterias de acero, y la armadura metálica se anima y parece moverse cual monstruosa langosta echada sobre el río.

La vibración se va extinguiendo lentamente a manera de un acorde lejano, y poco después las golondrinas duermen como no han dormido nunca los hombres: unidas y felices, sin odios ni envidias, sin penas ni ambiciones.

Una tarde un gomoso de la capital, sólo por hacer alarde de su puntería, tiró a bulto sobre la bandada y mató dos golondrinas.

Aquella noche, preciosa noche de luna, los murmullos del palacio se prolongaron hasta muy tarde y me pareció que de sus entrañas brotaba un susurro, y... ¡oh poder de la imaginación! creí percibir una vocecilla que decía:

«Sólo el hombre mata por matar, sólo él asesina a su hermano, sólo él se goza en la destrucción.

El es el único desequilibrado, el más cruel y perverso de los seres».

¿Sería el eco de mis propias reflexiones? No lo sé; pero desde aquella tarde no volví al puente, temeroso de entender lo que decían las golondrinas.

C. Gagini



DON CARLOS GAGINI

EL VIEJITO PORDIOSERO

En San Isidro. Mañana clara y fresca de verano por la callecilla torcida y a trechos empedrada. Mucho rumor de aguas que por allí descenden a brincos.

En uno de los paredoncitos de la orilla, a la sombra de unos sauces, estaba sentado un viejito pordiosero, descalzo, de saco y chaleco. Desgranaba unas mazorcas.

—Para aliviar la carga, me dijo, alzando unos ojillos metidos, llorosos, tristes.

Y hablamos más. Pasaba ya de los cien años. Ocho hacía de vivir solo. Viudo. Con hijas malas. Había sido palero. La vista se le acortaba. En cambio, oía admirablemente.

—Muy agradecido estoy con Dios porque me ha dejado buenos los pies y los oídos.

Escasa limosna recogía en San Isidro y Guadalupe. Su partido estaba en San José. Personas buenas y malas había en San José. No lo protegían los extranjeros.

—Es gente que no piensa en salvarse... ¡Ellos qué!..., dijo con gesto desdeñoso.

Vendería el maicito.

Al irse, recogió los olotes y me dijo:

—Son para la vecina de enfrente, es muy pobre, los necesita para calentar su cafecito

Luego le vi alejarse, al paso del bordón.

J. García Monge

Mayo, 1915.

DOCTOR LUIS H. DEBAYLE

UNA EMINENCIA MEDICA

Desde hace algún tiempo trabaja con un éxito brillante en los Estados Unidos de América, en los hospitales de Filadelfia y Baltimore, el ilustre Facultativo cuyo nombre y cuyos progresos científicos constituyen la materia de este artículo. Son impresiones más recogidas a mi reciente paso por la Gran República y que se inspiran en mi simpatía y en el interés que despiertan en mi ánimo todos los destellos del saber que vienen a iluminar la senda dolorosa y sombría que recorre la humanidad en su peregrinación inevitable hacia la muerte.

Luis H. Debayle es doctor de la Facultad de Medicina y Cirugía de París, laureado en la misma por la notoriedad de su competencia científica. Fué también interno laureado de aquellos hospitales, título por concurso que muy pocos americanos han logrado obtener en la gran capital de la cultura del mundo. Discípulo del inmenso y trascendental Pasteur, Debayle ha sido uno de los principales propagadores de sus enseñanzas en la América Central, en donde se le reconoce como un verdadero reformador de la Cirugía. Tanto por su brillante práctica, como por su sabia y constante labor en la cátedra y en la prensa, ha sido comparado con Championnére, el ilustre introductor y propagandista del sistema antiséptico en Francia.

El Doctor Debayle ha sido Delegado Oficial por Nicaragua en varios congresos científicos internacionales y honró siempre al país con sus trabajos sometidos a deliberación y con los cargos de Vice-Presidente del Congreso General y de Presidente de Sección, en varios de ellos.

Su palabra se ha escuchado en la Sorbona y su escarpelo ha operado en el «Hôtel Dieu», de París y en los hospitales de Filadelfia y Baltimore. Fué encargado de una misión científica por Francia y ha tenido el singular honor de ser en América el primer miembro nacional de la Academia de Medicina de París. Existen tres miembros correspondientes, extranjeros: un norteamericano, un argentino y un brasilero. Debayle, nacido en Nicaragua, pero ciudadano francés, es en realidad el único miembro nacional de la Academia, en nuestro Continente.

Ha publicado muchos trabajos originales sobre Medicina y Cirugía, llenos de novedad y de profundas observaciones; ha inventado varios aparatos quirúrgicos de grande utilidad y ha practicado en Centro América, en Estados Unidos y en Europa operaciones arriesgadas que le han dado fama de verdadera autoridad en el manejo del bisturí. Fué el primero en diferenciar varias enfermedades tropicales y en encon-

trar en Nicaragua el parásito *Ankilostoma*, objeto de los trabajos actuales de la Comisión Rokeffeller.

Hace algunos meses fué recibido con la mayor cortesía por los eminentes Profesores de Filadelfia, en donde le obsequiaron con un banquete el Decano Pepher y los Doctores Martin, Clark, Smith y otros.

Actualmente se ocupa en propagar su método de «Anestesia espinal y local combinadas», sobre el cual leyó en inglés, ante la *Chicago Medical Society*, una

brillante conferencia, como miembro del «Congreso Clínico para los estudios de la anestesia local, espinal y escapolomina-morfina», reunido en aquella ciudad en enero del presente año. El Doctor Debayle llevaba en aquella notable Asamblea la representación de la escuela Latino-americana, así como los otros tres Delegados que trataron el mismo asunto, representaban: Babcoide, a Filadelfia; Boldt, a New York, y Schloenma, a Alemania.

Ha circulado en folleto ese importantísimo estudio, escrito en idioma inglés, que contiene, después de un resumen inicial y de las fórmulas aplicables, las secciones o capítulos siguientes: Método de Inyección, Punto de Inyección, Aparatos, Indicaciones, Contra-indicaciones y Accidentes y Complicaciones. La materia aparece amplia y sabiamente tratada en todos sus aspectos. Entre los casos atendidos por el Doctor Debayle en los Estados Unidos, de conformidad con su

método especial, se mencionan: uno de plástica por cistocele y rectocele en Baltimore—Maryland;—uno de hernia inguinal en la Clínica del Dr. Hutchinson—«Penna, Hospital», Philadelphia—y uno de cistotomía por tumor y piedras, en la Clínica del Dr. Ashcraft, en el «Woman's Homeopathic Hospital», de Filadelfia.

Se trata, pues, de un nuevo adelanto científico, asegurado en la práctica con los más lisonjeros resultados.

Con razón fundada el Doctor Debayle es respetado y apreciado altamente por los hombres de ciencia que le conocen y le tratan. Pean le llamó sabio; Bronardel, gran clínico, y Kelly acaba de proclamarlo gran cirujano.

Este eminente Facultativo ha formado en Nicaragua varias generaciones de discípulos que son hoy verdaderos timbres de honor para el país; reorganizó la Escuela de Medicina, de la cual ha sido Decano y antiguo profesor, dirigió la construcción del Hospital General y fundó por su propia iniciativa la primera institución médico-quirúrgica privada en aquella república.

Aunque hijo de francés y ciudadano francés, el



DOCTOR LUIS H. DEBAYLE

Doctor Debayle es un nicaragüense que ama y honra mucho a Nicaragua. Es nicaragüense, porque mamó en pechos nicaragüenses las mieles de su caridad y las ternuras de su corazón, porque en Nicaragua se desarrollaron felices y sonrientes los años de su niñez, porque allá desarrolló en revuelos maravillosos y pujantes su elevada mentalidad, porque allá ha ejercido, principalmente, con amplitud y brillantez, su noble profesión y porque allá formó su hogar, dulce y tranquilo, en compañía de una bella y cultísima dama, hija del ex-Presidente de la República, Doctor don Roberto Sacasa, de grata recordación hoy, aún hasta para los

que le adversamos cuando ejercía el mando, pues comprendemos que los errores que cometió fueron debidos más a la excesiva blandura de su carácter, que a signo alguno de perversidad en su corazón.

De modo, pues, que algo de orgullo nacional impulsa también mi pluma al escribir estos renglones: no sólo el deber en que estamos todos de rendir tributos de admiración a la ciencia que trabaja, al mérito que triunfa y a la virtud que alumbraba y embellece las sendas de la vida...

San José, mayo, 1915.

Alejandro Bermúdez

EL VENDEDOR DE LA SUERTE

Va por calles y plazas bajo el sol calcinante y bajo las lloviznas, el eco de la voz del muchacho que muestra en su mano temblante el papel que el Destino graba en nombre de Dios.

**

Es quien lleva el anuncio de la suerte inconstante tras de cuyas caricias la humanidad va en pos, cual se va tras las huellas de una imposible amante que a todos nos escucha y luego nos dice adiós...

**

Escucha, pobre niño, guarismo misterioso de la ecuación humana de eterna insolución: si tienes en la mano la magia de la suerte,

por qué, dí, la desprecias como un gran poderoso? Ignoras que en la vida todo, como la muerte, sólo una vez nos llama con su vieja canción?...

Mayo, 1915.

CAMPESTRE

Rústico labrador de la montaña que sabes la virtud del agua pura, te daré toda mi literatura por la felicidad de tu cabaña.

**

Yo vengo de la urbe, la que engaña con sus mentidas glorias de ventura, la que enseña en sus libros la locura y vive del dolor y la zizaña.

**

Dáme asilo en tus campos, buen amigo, en comunión con la naturaleza me olvidaré de Byron y de Trigo,

esconderé en tus surcos mi tristeza, y aprenderé a vivir como los hombres que no saben de títulos ni nombres...

León, Nic., 1912.

LOS JARDINES DE DAMASCO

Cuando uno sale de la casa del bajá Abdhula, que es un alcázar de las mil y una noches, las callejuelas del antiguo barrio de la gente rica, le parece de una fealdad y de una apariencia inverosímiles. Los paredones grises se alzaban a uno y otro lado, impidiendo que la luz llegue al suelo. De vez en cuando un postigo semiabierto deja entrever un patio minúsculo, sin un árbol, sin una fuente. Y nunca una ventana, nunca nada que ponga en comunicación el hogar con la vía pública. Cada casa es al mismo tiempo un convento, una fortaleza y un presidio. Detrás de los paredones, más allá de los patios exteriores, comienza la mansión con sus flores y sus juegos de agua, con sus salas cubiertas de azulejos y sus galerías de cedro labrado, con sus divanes profundos y sus espejos tentadores. Pero ese paraí-

so pertenece al dueño del harén, al amo y señor de la familia. Para los demás no existe sino la tapia exterior, y el lodo de la calle, y la penumbra perpetua entre los postigos siempre cerrados. Un olor de humedad hace más desagradables aún estos barrios antiquísimos. Aun en los días en que no llueve, los pies resbalan en el lodo. Los arroyos que cantan adentro la canción de sus surtidores, fuera forman un charco negro.

Hay que ir muy lejos para ver calles frescas con alegres escenas árabes; hay que atravesar todos los suburbios comerciales; hay que salir por una de las puertas antiquísimas de la ciudad y seguir el curso caprichoso de los ríos que pasan bajo la tierra, que se esconden entre los muros, que surgen de pronto cuando uno menos lo piensa, y que vuelven a esconderse en un perpetuo jugueteo.

**

Yendo hacia los jardines, nos encontramos en el Meidan, que fué el teatro de las más terribles escenas de barbarie en 1860. Porque estas gentes tan risueñas, tan corteses, tan gentiles; estas gentes que no enseñan sino sus reverencias graciosas a los forasteros, tienen una historia trágica. Viéndolas ahora envueltas en trajes vistosos, más ocupadas de divertirse que de pensar en guerras religiosas, me pregunto si es posible que en el fondo de sus almas exista la ferocidad de que dieron muestra durante las últimas matanzas de cristianos. Y tengo necesidad de recordar los relatos leídos recientemente, para convencerme de que no estoy entre escépticos sin fé hostil y sin fanatismo sanguinario. «Según el testimonio de los testigos oculares—dice Vogué—los cristianos fueron degollados como corderos. Había grupos que hufan, perseguidos por los musulmanes; pero la mayor parte presentaban el cuello al cuchillo de los drusos sin tratar de escapar a su destino» Y luego, hablando del saqueo de Hasbeya, agrega: «Los restos de la población válida se habían refugiado en la iglesia: enloquecidos por lo que habían visto, una locura furiosa se había apoderado de aquellos cristianos: amontonados en la azotea del edificio, contemplaban, riendo frenéticamente, el incendio de sus casas. Un amigo mío encontró en las puertas de la ciudad a una mujer que contemplaba riendo los cadáveres de su marido y de sus hijos: los drusos le habían arrancado de los brazos a un niño de teta y lo habían aplastado con los pies».

Y esto pasó aquí en las mismas plazas donde ahora todo sonríe, entre estos paredones imposibles, junto a los bazares llenos de música y de canciones... Los vendedores de sedería que hace un instante me ofrecían sus voluptuosos velos entretejidos de oro con una corteza infinita, son los hijos de aquellos degollados. Y los otros, los que venden entre risas y chanzas sus ricos pasteles de miel, los que pasan, con una flor en los labios, envueltos en luminosas chilabas, los que me saludan desde el umbral de sus tiendecillas, los que, muy graves, se enternecen al ver a los perros errantes y les echan pedazos de pan, todos los que me rodean, en fin, todos, todos tienen en la sangre la ferocidad de los matadores de cristianos, y el día en que la oportunidad de organizar una buena matanza se presente de nuevo, trocarán, locos de gozo, su sonrisa actual por un gesto sanguinario magnífico.

..

Huyendo de tales visiones, me refugio, para pasar mi última tarde damascense, en el suburbio de los jardines idílicos entrevistados ayer desde las alturas de Salohiyé. Ahí también, las tapias, las indispensables tapias pardas, las odiosas tapias altísimas, me impiden gozar de los boscajes y de las alamedas. Los musulmanes necesitan un recato absoluto para todos sus ritos familiares. Cada jardín está cercado como una fortaleza. En estos sitios campestres, sobre todo, en los cuales pasan las damas de la aristocracia los días de verano soñando bajo los jazmineros floridos, es preciso que las puertas sean más robustas y más herméticas que en las casas del barrio rico.

«Que ninguna mirada pueda filtrarse hasta tí para que yo te vea siempre pura»,—dice un poeta árabe. Ahora, por fortuna, no es época de paseos, y algunos postigos entreabiertos nos permiten admirar la belleza

de los vergeles profundos, llenos de murmullos de fuentes y de aromas de flores. ¡Ah! en verdad el Profeta hizo mal en no entrar en Damasco... O más bien dicho, hizo bien, muy bien, pues este paraíso terrestre lo habría obligado a no ocuparse en conquistar el del otro mundo. En este oasis, bajo este cielo, entre estos efluvios balsámicos, la existencia no se comprende sino como un perpetuo ensueño sensual y perezoso. ¡Cuán lejos me siento de las inmediaciones de las mezquitas en las cuales se amontonan los fanáticos para orar austeramente! Los siete ríos legendarios se dividen en centenares de arroyuelos que pasan sin prisa, recitando madrigales de languidez. Los árboles siempre verdes, alzan sus copas propicias en el oro del día. Las alas de la brisa que han atravesado sotos de limoneros y de magnolias, acarician las sienes con una suavidad enervante. Olvidándome de San Pablo, me siento una alma de árabe y experimento la necesidad de ocultarme en uno de estos cafés al aire libre para vivir en silencio, largos minutos de quietud, de quimeras y de ignorancia. Así parece que todo lo que constituye mi vida normal se ha desvanecido para siempre! El humo de mi narghilé sube en espirales blancas a confundirse con el de los musulmanes que me rodean, como mis soñaciones se confunden con las suyas. A lo lejos suena una música monótona de guzlas o de violines beduinos. El agua del río parece inmóvil. En las enramadas no se mueve una hoja...

Y mi mirada voluptuosa es tan dulce, tan dulce, que me siento acongojado a la idea de que no he de durar sino un instante...

E. Gómez Carrillo

PAJAROS HUMANOS!

Para Frollán Turcios, piloto lírico, aviador de ensueños.

Como estirpe gallarda de condores que intentara anidar allá en las nubes, se alzaron los soberbios aviadores a contemplar la faz de los querubines.

Y en la trágica elipsis de sus vuelos que fingen el vaivén de los anades, o en oblicuos *departs* hacia los cielos, desgarraron del Génesis los velos que encubren el edén de las deidades.

Sobrepasan las agujas que atrevidas en eterna signación de los espacios, son ensueños de las torres, engreídas, que anhelan, al pasar las celestes pedrerías, cazar con sus arpones, al vuelo los topacios...

Al orgullo aquilino de su audacia hubieron de esfumarse las fronteras, burlaron del océano las riberas, y sus alas altaneras impusieron el reinado de su acracia!

Y cabalga fatídica la muerte sobre el anca de aligeros aviones; el piloto que vence a los simplones con heroico desdén en sus acciones confía al poder de la hélice su suerte...

Salve ¡oh pájaros humanos! Vuestras alas en gráciles virajes van tejiendo los ferrados andamiajes por donde el hombre irá hasta el infinito a arrebatar, hereje, con sus manos la careta de azul con que se oculta el mito.

Roberto Valladares

De la no retroactividad de las leyes

I

Las disposiciones legislativas dictadas por el Gobierno de la República en uso de las facultades extraordinarias que le confirió el Congreso por Decreto de 8 de Agosto de 1914, han dado lugar a serios debates de doctrina constitucional y judiciales.

En los primeros se ha discutido la eficacia institucional de aquel decreto, que implica una verdadera delegación de la autoridad legislativa de la Cámara de Diputados, para dictar todas las disposiciones de emergencia que la presente crisis impusiera al Estado para evitar una catástrofe en la vida económica del país.

Los segundos han surgido entre particulares litigantes, que invocan, en pro o en contra, la no retroactividad de tales decretos.

En la discusión doctrinaria, la opinión pública no ha oído hasta hoy sino la campana de la negativa. Los órganos más importantes de nuestra prensa han rehusado sistemáticamente la publicación de pareceres contrarios, con el propósito evidente de que el criterio general no se ilustrara sino a la luz de principios oposicionistas a la actual Administración. Ese proceder es reprehensible.

Se ha dicho y se repite que las funciones distribuidas por la Carta Fundamental entre los Supremos Poderes son *esencialmente intrasmisibles*. Esos conceptos subrayados han sido entregados en esa misma forma a la circulación periodística, ese pan de cada día de los que gustan adoptar opiniones ajenas.

Sin embargo, esos conceptos son errados en Derecho, en Legislación y en Jurisprudencia. Para que no lo fueran, sería preciso que *en ningún caso* ni en circunstancia alguna, el Poder Legislativo pudiese convertirse en Judicial, ni el Poder Ejecutivo en legislador.

Ahora bien: la ciencia constitucional admite esas delegaciones, cuando circunstancias anormales de la vida de las comunidades así lo exigen; y si la nuestra no es lo suficientemente clara sobre el particular, hay legislaciones cultas que sí preveen y autorizan ese procedimiento. Y es que la nave del Estado, como las naves del mar, no puede ni debe regirse por derroteros rectilíneos. Precisamente, la mejor definición de la ciencia política la caracteriza por la ciencia o lógica de las circunstancias.

El artículo 39 de la Constitución francesa de 25 de febrero de 1875, dice: «El Presidente de la República tiene la iniciativa de las leyes, en colaboración con los miembros de las dos Cámaras». Luego, en la República francesa, el Presidente de la República es co-legislador, lo cual no puede significar sino que tiene la potestad legislativa. Y si el Poder Ejecutivo goza de esa potestad inmanente con otros, ¿qué de ilógico o de anticientífico tiene el que la ejerza *solo* en determinados y excepcionales momentos de crisis de la vida de las naciones?

Esos momentos son aquellos en que la existencia misma de la comunidad se halla en peligro, y el caso típico es el de guerra exterior o de revolución interior.

El Código Civil de Chile, de 14 de diciembre de 1855, contiene una disposición sabia, cuyo fin es faci-

litar la progresiva evolución de las instituciones civiles, recomendando al legislador, por medio del Poder Judicial, los defectos y las lagunas que ofrezcan las instituciones vigentes. Y esas indicaciones del Tribunal Supremo de Justicia no están dirigidas al Poder Legislativo, sino al Jefe del Ejecutivo.

Copio el artículo 59 de aquel Código:

«La Corte Suprema de Justicia y las Cortes de Apelada, en el mes de marzo de cada año, darán cuenta al Presidente de la República de las dudas y dificultades que les hayan ocurrido en la inteligencia y aplicación de las leyes, y de los vacíos que noten en ellas».

Se ve, pues, que el legislador chileno reconoce al Poder Ejecutivo la potestad legislativa para iniciar las reformas apremiantes de las instituciones.

La propia Constitución de Costa Rica sanciona y reconoce esa potestad en su artículo 85, cuando dice: «Las leyes y demás actos legislativos pueden tener origen en el Congreso, a propuesta de cualquiera de sus miembros, o en el Poder Ejecutivo».

Se afirma, en términos absolutos, que las funciones de cada uno de los Poderes del Estado son esencialmente intrasmisibles.

Sin embargo, la suspensión de las garantías individuales no es sino una verdadera y exacta delegación de una buena parte de las atribuciones judiciales y legislativas en el Poder Ejecutivo. En su virtud, el jefe del Estado puede, no digo decretar un impuesto fiscal, sino desconocer y violar los derechos absolutos del hombre y del ciudadano. Pues no otra cosa significa la suspensión de las garantías individuales, prevista y reglamentada por el artículo 94 inciso 39 en relación con el artículo 73 cláusula 7ª de la Carta Fundamental.

Se han empleado por la prensa los calificativos más duros contra los que han considerado el Decreto de Agosto como una delegación de funciones del Congreso al Poder Ejecutivo. Pero debe recordarse que la intemperancia de lenguaje nunca es fruto legítimo de un espíritu científico digno de ser tomado en consideración. Y el presente ejemplo debe inspirar mayor prudencia a los que aspiren a no exhibirse como rabiosos y sectarios razonadores, que se imaginan que la Ciencia del Derecho o la lógica de las leyes consiste en zurrir textos y fracciones de leyes que tienen relaciones lejanas, hasta formar cobijas acomodaticias y acomodadas a sus pasiones de momento.

Los que combaten la teoría de la delegación de funciones se imaginan que los tres grandes Poderes del Estado deben encastillarse en sus respectivas torres de marfil, desde cuyas ventanas deben observar, con celo feroz, si su vecino invade la sagrada jurisdicción de sus atribuciones. Y los apóstoles de ese feudalismo constitucional pretenden que del respeto mutuo y estricto de esas atribuciones depende la garantía individual del ciudadano, la civilización de un país y la salud de la Patria!

Esos conceptos son desconocidos por la Sociología, ante la cual los tres órganos del Estado son colaboradores en la gerencia general de los intereses morales y materiales de la comunidad: en el Derecho moderno constitucional, el Cuerpo Legislativo debe asumir y asumir funciones judiciales, y el Poder Ejecutivo debe actuar y actuar de legislador, de juez y de policial, en ciertos casos.